

Está claro que la universidad es algo que nos interesa a las mujeres, y no solo porque durante bastante tiempo muchas perseveraron para acceder a la educación universitaria, sino porque año tras año el número de alumnas y de profesoras sigue creciendo. Todo apunta a que un espacio significativo para nosotras pero, a pesar de ello, la presencia de las mujeres en la universidad apenas la ha transformado. ¿Qué ha ocurrido para que la Universidad no se haya dejado transformar con la incorporación de las mujeres?, ¿o sí que ha cambiado en algo?, ¿qué aspectos de la universidad han cambiado menos?, son algunas de las preguntas que se hacen las autoras de este libro, que muestran algunas de las claves con las que analizar la situación actual de la universidad.

Uno de estos análisis se hace a partir de la original imagen del juego de ajedrez y de las damas que aparece en el texto de Chiara Zamboni, haciéndose eco de la pregunta que se plantea María Milagros Rivera sobre si sus esfuerzos han dado lugar a un espacio paralelo en la universidad (algo así como una Universidad dentro de la Universidad donde aparentemente no hay un intercambio significativo) en el que se juega a la vez a las damas y al ajedrez en un mismo tablero (no hay otro), esto es, donde se toleran, sin intercambios, dos maneras de estar-jugar en una lógica y un sentido completamente diferentes. Es decir, en el ajedrez cada pieza se mueve solo de una determinada manera, no puede hacer ningún movimiento que no le corresponda, en cambio, en las damas, estas tienen muchas más posibilidades de movimiento, aunque siempre dentro del tablero, claro está. Es, sin duda, una imagen muy sugerente para preguntarse por la forma en la que se puede actuar con más libertad en la universidad para, precisamente, hacer de la universidad un lugar libre, o de otra manera, ¿cómo conseguir dejar de jugar al ajedrez y jugar a las damas?

Jugar al ajedrez en la universidad significa atenerse a las normas y al papel que corresponde a cada cual (estudiante, docente, decano o decana, etc.), y jugar a las damas significa tener más libertad de movimientos. Ambos juegos se llevan a cabo en la universidad. ¿Qué pasaría si desaparecieran las astucias y los juegos de poder de la universidad? ¿Qué pasaría si se pusiera en el centro la educación y la formación en lugar de intentar controlarlo todo?

Los aspectos relacionados con la burocracia o el poder son los que menos se han transformado y son una causa importante de problemas y conflictos porque obligan a realizar un trabajo extra interminable que poco tiene que ver con la docencia y mucho con el control, más relacionado con el intento de limitar la libertad que con la mejora educativa, con el intento de aparentar claridad que con la claridad misma. Fachada sin interés que hoy constituye una verdadera fuente de irritación y malestar.

Pero además, como afirma Tonia De Vita, en estos últimos años ha cobrado mucha importancia el análisis de la realidad basado en la lógica capitalista, una manera de mirar lo real bajo los parámetros de la producción ya no solo del beneficio, sino del constante incremento de este. Es un análisis que se ha extendido desde su origen económico y ahora mismo se propone, en general, como la interpretación más útil y por ello definitiva de las relaciones entre los seres humanos y de estos con la naturaleza. El sistema capitalista se ha deslizado por las fracturas del simbólico masculino para reelaborar algunos de sus aspectos ya sin vida y aprovechar así su lógica para erigirse más fácilmente como único sistema válido de interpretación de la realidad, también de la realidad universitaria. Así, por ejemplo, las relaciones entre el profesorado y el alumnado muchas veces se establecen bajo la lógica de proveedores y clientes, dentro de este simbólico neoliberal que poco a poco va ganando peso, probablemente por su capacidad para simplificar la realidad.

Estos cambios están provocando la desaparición del alma y el sentido de la educación, expulsada por la progresiva incorporación al sistema educativo de razones yermas, insustanciales y grises que desbancan de su lugar prioritario el amor por el conocimiento, el intercambio de ideas, la admiración, la investigación.

María Zambrano<sup>1</sup> dice que nos duele más lo que nos falta que lo que tenemos, que tenemos más presentes las carencias que lo que se nos ofrece, quizá por eso he comenzado exponiendo alguna de las críticas y carencias de la universidad que señalan las autoras de este libro, pero soy consciente de que sería faltar a la verdad obviar el hecho de que también hablan de prácticas educativas que abren nuevas posibilidades, de su experiencia en el aula, de la fertilidad del constante cambio —y su dificultad—, de la diversidad, el azar y la necesidad que habitan en el aula. Por ejemplo, Nieves Blanco analiza dos maneras distintas que ha tenido de interpretar una misma realidad educativa. Al principio interpretó que las carencias que veía en el alumnado de un grupo eran tan grandes que se hacía imposible trabajar, y se indignaba y lamentaba por ello. Después, comprendió que lamentarse y fijarse en sus carencias no lleva a nada productivo, cambió su forma de interpretar la realidad y se fijó en los puntos fuertes de las alumnas y los alumnos de ese grupo, de manera que pudo empezar a trabajar desde ahí.

Este es un ejemplo de que un cambio de mirada consigue transformar una situación encallada y ofrecer un nuevo inicio para que sea posible la relación, pero, además, es también una clara muestra de vocación y apuesta por la educación de calidad, presente, por lo demás, en todas y cada una de las autoras. La apuesta por una educación que consiga sacar lo mejor de cada alumna y de cada alumno es una constante en todo el libro a pesar, como señala María-Milagros Rivera, de que en la universidad se enseñe, sobre todo, el pensamiento masculino, pues es ahí donde, afirma esta última, está el problema fundamental de la universidad. En el conocimiento masculino que apenas produce

pasión y oculta, cuando no desprecia, a una parte importante de la humanidad. Esto no quiere decir, desde luego, que el conocimiento masculino tenga que desaparecer, ni mucho menos, sino que hay que dejar claro que es masculino, o de otra manera, que el conocimiento no es neutro sino sexuado, porque lo hacen hombres o lo hacen mujeres. Es ya urgente que se facilite el estudio de la otra mirada, de las aportaciones de las mujeres al conocimiento y a los distintos saberes.

**nota:**

<sup>1</sup> María Zambrano, *L'art de les mediacions (Textos pedagògics)*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 2002, p. 65.